

## PLANETA DE CIUDADES-MISERIA

*Involución urbana y proletariado informal*

En algún momento del año que viene, una mujer dará a luz en el área urbana hiperdegradada (*slum*) de Ajegunle, en Lagos, un joven dejará su aldea al oeste de Java por las luces luminosas de Yakarta o un granjero se trasladará con su familia empobrecida a uno de los innumerables *pueblos jóvenes*<sup>1</sup> de Lima. El acontecimiento en concreto carece de importancia y pasará totalmente desapercibido. No obstante, constituirá un hito en la historia humana. Por primera vez, la población urbana de la Tierra sobrepasará en número a la rural. De hecho, dadas las imprecisiones de los censos del Tercer Mundo, es posible que esta transición decisiva ya haya tenido lugar.

La Tierra se ha urbanizado incluso más rápido de lo que en un principio predijo el Club de Roma en su informe de 1972, de notorio malthusianismo, *Los límites del crecimiento*. En 1950, había 86 ciudades en el mundo con una población superior al millón; hoy en día hay 400 y, hacia 2015, habrá por lo menos 550<sup>2</sup>. En efecto, las ciudades han absorbido cerca de dos tercios de la explosión demográfica global desde 1950 y en la actualidad están creciendo a razón de un millón de bebés y migrantes a la semana<sup>3</sup>. La población urbana actual (3.200 millones) es mayor que la población total del mundo en 1960. El campo global, por su parte, ha alcanzado la cota máxima de población (3.200 millones) y empezará a reducirse a partir del año 2020. Por consiguiente, las ciudades representarán *todo* el crecimiento demográfico mundial, que se espera que llegue a cerca de 10.000 millones en el año 2050<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> En castellano en el original [N. de la T.].

<sup>2</sup> UN POPULATION DIVISION, *World Urbanization Prospects, the 2001 Revision*, Nueva York, 2002.

<sup>3</sup> POPULATION INFORMATION PROGRAM, *Population Reports: Meeting the Urban Challenge*, vol. XXX, núm. 4 (otoño de 2002), p. 1.

<sup>4</sup> Wolfgang LUTZ, Warren SANDESON y Sergei SCHERBOV, «Doubling of world population unlikely», *Nature* 387 (19 de junio de 1997), pp. 803-804. Sin embargo, la población del África subsahariana se triplicará y la de India se duplicará.

1. *Climaterio urbano*

*¿Dónde están los héroes, los colonizadores,  
las víctimas de la Metrópoli?*

Brecht, anotación en su *Diario*, 1921

El 95 por 100 de esta explosión final de la humanidad se producirá en las áreas urbanas de los países en vías de desarrollo, cuya población se duplicará, alcanzando cerca de 4.000 millones durante la próxima generación<sup>5</sup>. (De hecho, la suma de la población urbana de China, India y Brasil es ya más o menos igual a la de Europa más Norteamérica.) El resultado más celebrado será el florecimiento de nuevas megaciudades con poblaciones por encima de los 8 millones y, de manera más espectacular si cabe, hiperciudades con más de 20 millones de habitantes (la población urbana que había en el mundo, de acuerdo con las estimaciones, en la época de la Revolución Francesa)<sup>6</sup>. En 1995, Tokio era la única en haber atravesado incuestionablemente ese umbral. En 2025, de acuerdo con la *Far Eastern Economic Review*, sólo Asia podría tener 10 u 11 conurbaciones de ese tamaño, entre las que se encontrarían Yakarta (24,9 millones), Dhaka (25 millones) y Karachi (26,5 millones). Shanghai, cuyo crecimiento había quedado congelado durante décadas a raíz de las políticas maoístas de infraurbanización intencionada, podría contar con un total de hasta 27 millones de residentes en su enorme región metropolitana sobre el estuario<sup>7</sup>. Se prevé que Mumbai (Bombay), por su parte, alcance una población de 33 millones, aunque nadie sabe si semejantes concentraciones gigantescas de pobreza son biológica o ecológicamente sostenibles<sup>8</sup>.

No obstante, por más que las megaciudades sean las estrellas más brillantes en el firmamento urbano, tres cuartos de la carga del crecimiento demográfico recaerá sobre ciudades de segundo orden y áreas urbanas más pequeñas, apenas visibles: lugares donde, tal y como recalcan los investigadores de las Naciones Unidas, «hay una escasa o nula planificación para dar cabida a toda esa gente o para proveerles servicios»<sup>9</sup>. En

<sup>5</sup> GLOBAL URBAN OBSERVATORY, *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millennium?*, Nueva York, 2003, p. 10.

<sup>6</sup> Aunque la velocidad de la urbanización global está fuera de dudas, los índices de crecimiento de ciudades concretas pueden frenarse en seco al toparse éstas con las fricciones del tamaño y la aglomeración. Un famoso ejemplo de «inversión de la tendencia por polarización» es la Ciudad de México, cuya población muchos predijeron que alcanzaría los 25 millones durante la década de los noventa (la población actual ronda probablemente los 18 ó 19 millones). Véase Yue-Man YEUNG, «Geography in an age of mega-cities», *International Social Sciences Journal* 151 (1997), p. 93.

<sup>7</sup> Para una perspectiva en este sentido, véase Yue-Man YEUNG, «Viewpoint: Integration of the Pearl River Delta», *International Development Planning Review*, vol. 25, núm. 3 (2003).

<sup>8</sup> FAR EASTERN ECONOMIC REVIEW, *Asia 1998 Yearbook*, p. 63.

<sup>9</sup> UN-HABITAT, *The challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, Londres, 2003, p. 3.

China (urbana en un 43 por 100 en 1997 según datos oficiales), el número de ciudades oficiales se ha elevado de 193 a 640 desde 1978. Pero las grandes metrópolis, pese al extraordinario crecimiento, en realidad han perdido en porcentaje relativo de población urbana. En su lugar, las pequeñas ciudades y los pueblos recientemente convertidos en ciudad han absorbido la mayoría de la fuerza de trabajo rural que se quedó sin trabajo con las reformas del mercado puestas en marcha a partir de 1979<sup>10</sup>. En África, asimismo, el crecimiento tipo supernova de unas pocas ciudades gigantes, como Lagos (que ha pasado de los 300.000 habitantes en 1950 a los 10 millones de la actualidad), se ha visto correspondido por la transformación de varias docenas de pequeñas ciudades y oasis como Vagadugu, Nouakchott, Douala, Antananarivo y Bamako en ciudades mayores que San Francisco o Manchester. En América Latina, donde las ciudades principales monopolizaron durante mucho tiempo el crecimiento, ciudades secundarias como Tijuana, Curitiba, Temuco, Salvador y Belém están en pleno auge, en un momento en que «el crecimiento más rápido está teniendo lugar en ciudades entre los 100.000 y los 500.000 habitantes»<sup>11</sup>.

Por otra parte, tal y como ha insistido Gregory Guldin, la urbanización debe conceptualizarse como una transformación estructural y como una interacción intensificada entre cada punto de un continuo urbano-rural. En su estudio del caso de la China meridional, podemos ver cómo el campo se está urbanizando *in situ*, al mismo tiempo que genera migraciones que marcan época. «Los pueblos empiezan a parecerse a mercados y villas *xiang*, y las capitales de provincia y las pequeñas urbes empiezan a parecerse a grandes ciudades.» El resultado en China y en gran parte del sudeste asiático es un paisaje hermafrodita, un campo parcialmente urbanizado que Guldin y otros sostienen que puede constituir «una nueva e importante vía de asentamiento y desarrollo humano [...], una forma que no es ni rural ni urbana, sino una mezcla de ambas en la que una tupida red de transacciones liga los grandes núcleos urbanos a sus regiones circundantes»<sup>12</sup>. En Indonesia, donde podemos encontrar, en el área de Yabotabek (la región mayor de Yakarta), un proceso similar de hibridización rural/urbano en fase muy avanzada, los investigadores llaman a estas nuevas pautas de uso de la tierra *desokotas* y discuten si se trata de paisajes de transición o de una nueva e impresionante especie de urbanismo<sup>13</sup>.

<sup>10</sup> Gregory GULDIN, *What's a Peasant to Do? Village Becoming Town in Southern China*, Boulder, Co, 2001, p. 13.

<sup>11</sup> Miguel VILLA y Jorge RODRÍGUEZ, «Demographic trends in Latin America's metropolises, 1950-1990», en Alan GILBERT (ed.), *The Mega-City in Latin America*, Tokio, 1996, pp. 33-34.

<sup>12</sup> Gregory Guldin, *What's a Peasant to Do? Village Becoming Town in Southern China*, cit., pp. 14 y 17. Véase también Jing NENG LI, «Structural and Spatial Economic changes and their Effects on Recent Urbanization in China», en Gavin JONES y Pravin VISARIA (eds.), *Urbanization in Large Developing Countries*, Oxford, 1997, p. 44.

<sup>13</sup> Véase Terence MCGEE, «The Emergence of Desakota Regions in Asia: Expanding a Hypothesis», en Northon GINSBURG, Bruce KOPPELL y T. MCGEE (eds.), *The Extended Metropolis: Settlement Transition in Asia*, Honolulu, 1991.

Los urbanistas también especulan sobre los procesos que están entretejiendo las ciudades del Tercer Mundo, creando nuevas y extraordinarias redes, corredores y jerarquías. Por ejemplo, los deltas del Río Perla (Hong Kong-Guangzhou) y del río Yangtsé (Shanghai), junto con el corredor Pekín-Tianjin, se están convirtiendo rápidamente en megalópolis urbano-industriales comparables a Tokio-Osaka, el Bajo Rin o Nueva York-Filadelfia. Pero esto puede que no sea más que la primera fase del surgimiento de una estructura aún mayor: «Un corredor urbano continuo que se extienda desde Japón/Corea del Norte hasta Java Oeste»<sup>14</sup>. Shanghai, con casi total seguridad, se unirá entonces a Tokio, Nueva York y Londres como una de las «ciudades globales» que controlan la red global de flujos de capital e información. El precio de este nuevo orden urbano será la desigualdad creciente dentro y entre ciudades de diferentes tamaños y especializaciones. Guldin, por ejemplo, cita fascinantes discusiones chinas sobre si el antiguo abismo de renta y desarrollo entre campo y ciudad no se está viendo sustituido en la actualidad por una brecha igualmente fundamental entre pequeñas ciudades y gigantes costeros<sup>15</sup>.

## 2. Retorno a Dickens

*Vi incontables multitudes, condenadas a la oscuridad, la inmundicia, la pestilencia, la obscenidad, la miseria y la muerte prematura.*

Dickens, «A December Vision», 1850

La dinámica de urbanización del Tercer Mundo compendia y confunde al mismo tiempo los precedentes de la Europa y la Norteamérica del siglo XIX y principios del XX. En China, hallamos la mayor revolución industrial de la historia en la palanca arquimedea que está trasladando a una población del tamaño de la europea de aldeas rurales a ciudades ahogadas en humo neblinoso que se elevan hacia las nubes. Por consiguiente, «China dejará de ser el país predominantemente rural que ha sido durante milenios»<sup>16</sup>. De hecho, es posible que pronto el gran óculo del Centro Financiero Mundial de Shanghai tenga vistas sobre un extenso mundo urbano apenas imaginado por Mao o, de hecho tampoco, por Le Corbusier. Pero, en la mayor parte del mundo en vías de desarrollo, el crecimiento de las ciudades carece del poderoso motor de exportación manufacturera de China, así como de sus cuantiosas entradas de capital extranjero (que en la actualidad equivalen a la mitad del total de inversión extranjera en el mundo en vías de desarrollo).

<sup>14</sup> Yue-Man YEUNG y Fu-Chen LO, «Global restructuring and emerging urban corridors in Pacific Asia», en Yue-Man YEUNG y Fu-Chen LO (eds.), *Emerging World Cities in Pacific Asia*, Tokio, 1996, p. 41.

<sup>15</sup> Gregory Guldin, *What's a Peasant to Do? Village Becoming Town in Southern China*, cit., p. 13.

<sup>16</sup> Wang Mengkui, asesor del Consejo de Estado, citado en el *Financial Times* (26 de noviembre de 2003). Desde las reformas pro mercado de finales de la década de 1970, se estima que casi 300 millones de chinos se han trasladado de las áreas rurales a las ciudades. Se espera que otros 250 o 300 millones les sigan en las próximas décadas (*Financial Times* [16 de diciembre de 2003]).

La urbanización en el resto de regiones en vías de desarrollo se ha desconectado radicalmente, por lo tanto, de la industrialización, e incluso del desarrollo *per se*. Hay quien sostendría que esto no es sino una expresión de una tendencia inexorable: la propensión inherente del capitalismo de silicio a desligar el crecimiento de la producción del aumento del empleo. Pero en África subsahariana, América Latina, Oriente Próximo y partes de Asia, la urbanización-sin-crecimiento constituye obviamente más el legado de una coyuntura política global –la crisis de la deuda de finales de la década de los setenta y las subsiguientes reestructuraciones de las economías del Tercer Mundo dirigidas por el FMI en la de los ochenta– que el producto de una ley de hierro del avance tecnológico. Por otra parte, pese a la caída de los salarios reales, el alza de los precios y el estallido del desempleo urbano, la urbanización del Tercer Mundo siguió, durante los años de la langosta de la década de los ochenta y principios de los noventa, con su ritmo vertiginoso (3,8 por 100 anual desde 1960 hasta 1993)<sup>17</sup>.

Esta «perversa» expansión urbana contradice los modelos económicos ortodoxos que predecían que la reacción negativa de la recesión urbana ralentizaría o incluso invertiría la inmigración desde el campo. El caso africano era particularmente paradójico. ¿Cómo podían las ciudades de Costa de Marfil, Tanzania, Gabón y otros lugares –cuyas economías se estaban contrayendo entre un 2 y un 5 por 100 al año– sostener todavía un crecimiento demográfico de entre un 5 y un 8 por 100 anual?<sup>18</sup> Parte del secreto, por supuesto, residía en que las políticas impuestas por el FMI (y ahora por la OMC) de desregulación agrícola y «descampesinización» estaban acelerando el éxodo de mano de obra rural excedente hacia áreas urbanas hiperdegradadas (*slums*) aun cuando las ciudades habían dejado de ser máquinas de empleo. El crecimiento de la población urbana que se produce a pesar de un crecimiento económico urbano estancado o negativo constituye la expresión extrema de lo que algunos investigadores han calificado de «hiperurbanización»<sup>19</sup>. No se trata más que de una de las distintas vías inesperadas por las que el orden mundial neoliberal ha encarrilado una urbanización milenaria.

---

<sup>17</sup> Josef GUGLER, «Introduction–II. Rural-Urban Migration», en Josef GUGLER (ed.), *Cities in the Developing World: Issues, Theory and Policy*, Oxford, 1997, p. 43. Para una perspectiva contraria, que discute los datos, por lo general aceptados, del Banco Mundial y de las Naciones Unidas sobre el mantenimiento de índices elevados de urbanización durante la década de los ochenta, véase Deborah POTTS, «Urban lives: Adopting new strategies and adapting rural links», en Carole RAKODI (ed.), *The Urban Challenge in Africa: Growth and Management of Its Large Cities*, Tokio, 1997, pp. 463–473.

<sup>18</sup> David SIMON, «Urbanization, globalization and economic crisis in Africa», en C. Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa: Growth and Management of Its Large Cities*, cit., p. 95.

<sup>19</sup> Véase Josef GUGLER, «Overurbanization Reconsidered», en Josef Gugler (ed.), *Cities in the Developing World: Issues, Theory and Policy*, cit., pp. 114–123. Por el contrario, las antiguas economías dirigidas de la Unión Soviética y de la China maoísta restringían la inmigración a las ciudades y, por lo tanto, tendían a la «infraurbanización».

La teoría social clásica de Marx a Weber, por supuesto, creía que las grandes ciudades del futuro seguirían los pasos industrializadores de Manchester, Berlín y Chicago. En efecto, Los Ángeles, São Paulo, Pusan y, en la actualidad, Ciudad Juárez, Bangalore y Guangzhou se han aproximado más o menos a esta trayectoria clásica. Pero la mayor parte de las ciudades del Sur se parecen más al Dublín victoriano, ese Dublín que, tal y como ha subrayado Emmet Larkin, era único entre «todas las áreas urbanas hiperdegradadas (*slumdoms*) producidas en el mundo occidental en el siglo XIX [...] [porque] sus barrios pobres no eran un producto de la revolución industrial. De hecho, entre 1800 y 1850, Dublín sufría más de los problemas de la desindustrialización que de la industrialización»<sup>20</sup>.

Del mismo modo, Kinshasa, Jartum, Dar es Salaam, Dhaka y Lima crecen prodigiosamente pese a la ruina de sus industrias de sustitución de las importaciones, la reducción de sus sectores públicos y la movilidad descendente de sus clases medias. Las fuerzas globales que «empujan» a la gente a abandonar el campo —la mecanización en Java e India, las importaciones de alimentos en México, Haití y Kenia, la guerra civil y la sequía en toda África y, en todas partes, la concentración de pequeñas parcelas en grandes propiedades y la competencia de la agroindustria a gran escala— parecen sostener la urbanización aun cuando la atracción de la ciudad se encuentra drásticamente atenuada por la deuda y la crisis económica<sup>21</sup>. Al mismo tiempo, el rápido crecimiento urbano en un contexto de ajuste estructural, devaluación de la moneda y recorte del gasto público ha constituido una receta inevitable para la producción masiva de áreas urbanas hiperdegradadas<sup>22</sup>. Gran parte del mundo urbano, por consiguiente, se precipita de regreso a la época de Dickens.

El asombroso predominio de estas áreas constituye el tema principal del informe, histórico y pesimista, publicado el pasado mes de octubre por el Programa de Asentamientos Humanos de las Naciones Unidas (UN-Habitat)<sup>23</sup>. *The Challenge of the Slums* constituye la primera auditoría verdaderamente global de la pobreza urbana. Integra hábilmente distintas investigaciones de ciudades concretas, desde Abiyán a Sydney, con datos globales por hogar que por primera vez incluyen a China y al antiguo bloque soviético. (Los autores de las Naciones Unidas reconocen una deuda especial con Branko Milanovic, un economista del Banco Mundial que ha sido

<sup>20</sup> Prefacio a Jacinta PRUNTY, *Dublin Slums, 1800-1925: A Study in Urban Geography*, Dublín, 1998, p. IX.

<sup>21</sup> «Por lo tanto, parece que para los países de renta baja una caída importante en las rentas urbanas puede no producir necesariamente a corto plazo una reducción de la migración campo-ciudad», Nigel HARRIS, «Urbanization, Economic Development and Policy in Developing Countries», *Habitat International*, vol. 14, núm. 4 (1990), pp. 21-22.

<sup>22</sup> Sobre la urbanización del Tercer Mundo y la crisis de la deuda global, véase York Bradshaw y Rita NOONAN, «Urbanization, Economic Growth and Women's Labour-Force Participation», en Josef Gugler, *Cities in the Developing World: Issues, Theory and Policy*, cit., pp. 9-10.

<sup>23</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit.

el primero en utilizar microinvestigaciones como poderosa lente para estudiar la creciente desigualdad global. En uno de sus ensayos, Milanovic explica: «Por primera vez en la historia humana, los investigadores cuentan con datos bastante exactos sobre la distribución de la renta o el bienestar (gastos o consumo) de más del 90 por 100 de la población mundial»<sup>24</sup>)

*The Challenge of the Slums* resulta también poco común en su honestidad intelectual. Uno de los investigadores ligado al informe me dijo que «los tipos del “consenso de Washington” (Banco Mundial, FMI, etc.) siempre han insistido en definir el problema de las áreas urbanas hiperdegradadas globales no como resultado de la globalización y de la desigualdad, sino como resultado del “mal gobierno”». El nuevo informe, no obstante, rompe con la prudencia y la autocensura tradicionales de las Naciones Unidas para condenar tajantemente el neoliberalismo, en especial los programas de ajuste estructural del FMI<sup>25</sup>. «En realidad, el planteamiento predominante de las intervenciones tanto nacionales como internacionales efectuadas durante los últimos veinte años ha aumentado las áreas urbanas hiperdegradadas y la pobreza en las ciudades, ha intensificado la exclusión y la desigualdad y ha debilitado a las elites urbanas en sus esfuerzos por utilizar las urbes como motores de crecimiento.»<sup>26</sup>

*The Challenge of the Slums*, sin duda, omite (o reserva para futuros informes de UN-Habitat) algunas de las cuestiones más importantes referentes al uso de la tierra que se derivan de la superurbanización y de los asentamientos informales, entre las que cabe citar el crecimiento descontrolado, la degradación medioambiental y los peligros urbanos. Tampoco arroja demasiada luz sobre los procesos que están expulsando a la mano de obra del campo, ni incorpora la amplia bibliografía, en rápido aumento, sobre las dimensiones de género de la pobreza urbana y el empleo informal. No obstante, dejando de lado estos peros, *The Challenge of the Slums* sigue siendo un informe inestimable que refuerza los urgentes resultados de la investigación con la autoridad institucional de las Naciones Unidas. Si los informes de la Mesa Intergubernamental sobre Cambio Climático representan un consenso científico sin precedentes sobre los peligros del calentamiento del planeta, *The Challenge of the Slums* hace saltar una alarma igualmente autorizada sobre la catástrofe global de la pobreza urbana. (Es posible que algún día un tercer informe explore el inquietante

---

<sup>24</sup> Branko MILANOVIC, *True world income distribution, 1988 y 1993*, Banco Mundial, Nueva York, 1999. Milanovic y su compañero Schlomo Yitzhaki son los primeros en hacer un cálculo de la distribución mundial de la renta basado en los datos estadísticos por hogar de cada país.

<sup>25</sup> A decir verdad, UNICEF ha criticado al FMI durante años, señalando que «cientos de miles de niños del mundo en vías de desarrollo han dado sus vidas para pagar las deudas de sus países». Véase *The State of the World's Children*, Oxford, 1989, p. 30.

<sup>26</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 6.

terreno de la interacción entre ambos fenómenos.)<sup>27</sup> Además, de cara a los propósitos de este análisis, *The Challenge of the Slums* proporciona un marco excelente para examinar los debates contemporáneos sobre urbanización, economía informal, solidaridad humana y agentes históricos.

### 3. La urbanización de la pobreza

*La montaña de basura parecía llegar muy lejos. Entonces, poco a poco, sin demarcación ni confín, se convirtió en otra cosa. Pero ¿en qué? En un conjunto de estructuras amontonadas, sin senderos entre medias. Cajas de cartón, contrachapados, tabloncillos podridos y armazones de coche oxidados y sin cristales se habían agrupado para componer moradas.*

Michael Thelwell, *The Harder They Come*, 1980

La primera definición publicada de la palabra *slums* se recoge en el *Vocabulary of the Flash Language*, donde aparece como sinónimo de «tráfico» o «comercio ilícito»<sup>28</sup>. En torno a los años del cólera de las décadas de los treinta y los cuarenta del siglo XIX, sin embargo, los pobres, más que *practising slums*, vivían en áreas urbanas hiperdegradadas (*slums*). Una generación más tarde, se habían identificado áreas urbanas hiperdegradadas en América e India y, en general, se las reconocía como un fenómeno internacional. El «área urbana hiperdegradada clásica» era un lugar pintorescamente local y de notorio provincianismo, pero los reformadores en general coincidían con Charles Booth en que todas las áreas urbanas hiperdegradadas se caracterizaban por una amalgama de vivienda ruinosas, hacinamiento, pobreza y vicio. Para los liberales decimonónicos, desde luego, la dimensión moral era determinante y el área urbana hiperdegradada se imaginaba ante todo como un lugar donde un «residuo» social se pudría con esplendor inmoral y con frecuencia revoltoso. Los autores de *The Challenge of the Slums* descartan las calumnias victorianas, pero, por lo demás, mantienen la definición clásica: hacinamiento, vivienda pobre o informal, acceso inadecuado a medidas sanitarias y a agua potable e inseguridad respecto a la propiedad<sup>29</sup>.

Esta definición multidimensional es, en realidad, un indicador muy conservador de lo que se califica como áreas urbanas hiperdegradadas: muchos lectores se sorprenderán del descubrimiento contraexpectacional de las Naciones Unidas de que sólo el 19,6 por 100 de los mexicanos de las ciudades viven en áreas urbanas hiperdegradadas. Sin embargo, incluso con esta definición restrictiva, *The Challenge of the Slums* calcula que, en el

<sup>27</sup> Es de suponer que un estudio así investigaría, por un lado, los peligros urbanos y la crisis de infraestructuras y, por otro, el impacto del cambio climático sobre la agricultura y la migración.

<sup>28</sup> Jacinta Prunty, *Dublin Slums, 1800-1925: A Study in Urban Geography*, cit., p. 2.

<sup>29</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 12.



año 2001, había por lo menos 921 millones de habitantes de áreas urbanas hiperdegradadas: una cifra casi igual a la población del mundo cuando el joven Engels se aventuró por primera vez en las calles pobres de Manchester. En efecto, el capitalismo neoliberal ha multiplicado exponencialmente el famoso arrabal de *Tom-All-Along* de *La casa desolada*, de Dickens. Los residentes de áreas urbanas hiperdegradadas constituyen un asombroso 78,2 por 100 de la población urbana de los países menos desarrollados y al menos un tercio de la población urbana global<sup>30</sup>. Extrapolando las estructuras de edad de la mayor parte de las ciudades del Tercer Mundo, por lo menos la mitad de la población de las áreas urbanas hiperdegradadas tiene menos de veinte años<sup>31</sup>.

Los porcentajes más altos del mundo en cuanto a número de residentes de áreas urbanas hiperdegradadas se encuentran en Etiopía (donde representan un asombroso 99,4 por 100 de la población urbana), Chad (también 99,4 por 100), Afganistán (98,5 por 100) y Nepal (92 por 100)<sup>32</sup>. Las poblaciones urbanas más pobres, sin embargo, se hallan probablemente en Maputo y Kinshasa, donde (de acuerdo a otras fuentes) dos tercios de los residentes ganan menos que el coste del mínimo requerido para su alimentación diaria<sup>33</sup>. En Delhi, los planificadores se quejan amargamente de las «áreas urbanas hiperdegradadas surgidas dentro de áreas del mismo tipo», a medida que familias e individuos van ocupando ilegalmente los pequeños espacios abiertos de las colonias periféricas de reasentamiento a las que, a mediados de la década de los setenta, se trasladó brutalmente a los antiguos pobres de la ciudad<sup>34</sup>. En El Cairo y en Phnom Penh, los recién llegados a la ciudad ocupan o alquilan un espacio en las azoteas, creando ciudades-miseria (*slum cities*) en el aire.

Las poblaciones de las áreas urbanas hiperdegradadas están infrarrepresentadas en las estadísticas, con frecuencia deliberadamente y a veces en un grado desorbitado. A finales de la década de los ochenta, por ejemplo, Bangkok tenía un índice de pobreza «oficial» de apenas un 5 por 100, y sin embargo las encuestas encontraron cerca de un cuarto de la población (1,16 millones) viviendo en áreas urbanas hiperdegradadas y campamentos ocupados<sup>35</sup>. Naciones Unidas, asimismo, descubrió hace poco

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 2-3.

<sup>31</sup> Véase Amarjít OBERAI, *Population Growth, Employment and Poverty in Third World Mega-Cities*, Nueva York, 1993, p. 28. En 1980, el grupo de cero a diecinueve años de las grandes ciudades de la OCDE representaba del 19 al 28 por 100 de la población; en las megaciudades del Tercer Mundo, del 40 al 53 por 100.

<sup>32</sup> Global Urban Observatory, *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millennium?*, cit., pp. 33-34.

<sup>33</sup> David SIMON, «Urbanization, globalization and economic crisis in Africa», cit., p. 103 y Jean-Luc PIERMAY, «Kinshasa: A reprieved mega-city?», en Carole Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa: Growth and Management of Its Large Cities*, cit., p. 236.

<sup>34</sup> Sabir ALI, «Squatters: Slums within Slums», en Prodipto ROY y Shangon DAS GUPTA (eds.), *Urbanization and The Challenge of the Slums*, Delhi, 1995, pp. 55-59.

<sup>35</sup> Jonathan RIGG, *Southeast Asia: A Region in Transition*, Londres, 1991, p. 143.

que, sin quererlo, sus estadísticas de la pobreza urbana en África estaban muy por debajo de la realidad. Los habitantes de áreas urbanas hiperdegradadas en Angola, por ejemplo, son con probabilidad el doble de lo que este organismo pensaba en un principio. Del mismo modo, sus estimaciones del número de urbanitas pobres de Liberia estaban por debajo de los datos reales: no es de extrañar, dado que Monrovia triplicó su población en sólo un año (1989-1990), con la llegada de campesinos que huían, presos del pánico, de una guerra civil brutal<sup>36</sup>.

Es posible que haya más de 250.000 áreas urbanas hiperdegradadas en la Tierra. Sólo las cinco grandes metrópolis del sur de Asia (Karachi, Mumbai, Delhi, Calcuta y Dhaka) contienen cerca de 15.000 áreas urbanas hiperdegradadas diferenciadas, con una población total de más de 20 millones. Una población urbana miserable todavía mayor atesta el litoral en proceso de urbanización de África occidental, mientras que otras enormes conurbaciones de pobreza se esparcen por Anatolia y el altiplano etíope; abrazan la base de los Andes y del Himalaya; se disparan desde los núcleos de rascacielos de México, *Jo-burg* [Johanesburgo], Manila y São Paulo; y, por supuesto, cubren las orillas de los ríos Amazonas, Níger, Congo, Nilo, Tigris, Ganges, Irrawaddy y Mekong. De manera paradójica, los componentes esenciales de este planeta de ciudades-miseria son al mismo tiempo intercambiables por completo y espontáneamente únicos: y esto vale para los *bustees* de Calcuta, los *chawls* y *zopadpattis* de Mumbai, los *katchi abadis* de Karachi, los *kampung*s de Yakarta, los *iskwaters* de Manila, las *shammasas* de Jartum, los *umjondolos* de Durban, los *intra-murios* de Rabat, las *bidonvilles* de Abiyán, las *baladis* de El Cairo, los *gecekon dus* de Ankara, los *conventillos* de Quito, las *favelas* de Brasil, las *villas miseria* de Buenos Aires y las *colonias populares* de México DF. Todos ellos constituyen las crudas antípodas de los paisajes de fantasía y parques temáticos residenciales –los *Offworlds* burgueses de Philip K. Dick–<sup>37</sup> en los que cada vez más las clases medias globales prefieren enclaustrarse.

Mientras que el área urbana hiperdegradada clásica era un casco urbano en decadencia, las nuevas se sitúan por regla general al borde de las explosiones espaciales urbanas. El crecimiento horizontal de ciudades como México, Lagos o Yakarta ha sido, desde luego, extraordinario y la «extensión descontrolada de las áreas urbanas hiperdegradadas» constituye un problema en el mundo en vías de desarrollo en la misma medida en que la extensión descontrolada de las áreas residenciales lo es en los

<sup>36</sup> Global Urban Observatory, *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millennium?*, cit., p. 34.

<sup>37</sup> La palabra, parte del rico vocabulario que Philip K. Dick inventa en sus novelas de ciencia ficción, significa literalmente, «fuera-del-mundo», pero también «cerrados-del-mundo» y construye una imagen hiperbólica e irónica de esas urbanizaciones valladas y vigiladas por sofisticados dispositivos de alta tecnología en las que se encierra una clase media-alta y alta global cada vez más presa del pánico securitario [N. de la T.].

países ricos. La región desarrollada de Lagos, por ejemplo, se duplicó en sólo una década, entre 1985 y 1994<sup>38</sup>. El gobernador del Estado de Lagos informó el año pasado a los periodistas de que «cerca de dos tercios de un total de suelo público de 3.577 kilómetros cuadrados podrían clasificarse como barrios de chabolas o áreas urbanas hiperdegradadas»<sup>39</sup>. En efecto, un corresponsal de las Naciones Unidas escribe:

Gran parte de la ciudad es un misterio [...], autopistas sin iluminación atraviesan cañones de basura incandescente antes de dar paso a calles de barro que serpentean cruzando 200 zonas hiperdegradadas, con residuos sin procesar desbordando sus alcantarillas [...]. Nadie conoce a ciencia cierta el tamaño de la población —oficialmente está establecida en 6 millones, pero la mayoría de los expertos estiman que alcanza los 10 millones—, no digamos ya la cifra de asesinatos al año [o] el índice de infección con VIH<sup>40</sup>.

Además, Lagos no es más que el nodo mayor del corredor de chabolas de 70 millones de personas que se extiende desde Abiyán hasta Ibadan: probablemente, la mayor huella ininterrumpida de la pobreza urbana sobre la tierra<sup>41</sup>.

La ecología de las áreas urbanas hiperdegradadas gira, sin duda, en torno a la provisión de espacio de asentamiento. Winter King, en un estudio reciente publicado en la *Harvard Law Review*, sostiene que el 85 por 100 de los residentes urbanos del mundo en vías de desarrollo «ocupan propiedad ilegalmente»<sup>42</sup>. La indeterminación de los títulos de tierra y/o la laxa propiedad pública constituyen, en última instancia, las grietas a través de las cuales un enorme conjunto humano se infiltra en las ciudades. Los modos de creación de estas áreas urbanas hiperdegradadas varían dentro de un amplio abanico, desde las tomas de tierras sumamente disciplinadas de México DF y Lima hasta los mercados organizados (pero con frecuencia ilegales) de alquiler a las afueras de Pekín, Karachi y Nairobi. Incluso en ciudades como Karachi, donde la periferia urbana es formalmente propiedad del gobierno, «el sector privado sigue sacando enormes beneficios de la especulación inmobiliaria [...] a costa de los hogares de rentas bajas»<sup>43</sup>. En efecto, los aparatos políticos locales y nacionales

<sup>38</sup> Salah EL-SHAKHS, «Toward appropriate urban development policy in emerging mega-cities in Africa», en Carole Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa: Growth and Management of Its Large Cities*, cit., p. 516.

<sup>39</sup> *Daily Times of Nigeria* (20 de octubre de 2003). Lagos ha crecido de forma más vertiginosa que cualquier otra ciudad del Tercer Mundo aparte de Dhaka. En 1950, contaba con apenas 300.000 habitantes, pero empezó a crecer casi un 10 por 100 al año hasta 1980, momento en el que redujo su crecimiento a cerca de un 6 por 100 —todavía un índice muy elevado— durante los años de reajuste estructural.

<sup>40</sup> Amy OTCHET, «Lagos: the survival of the determined», *UNESCO Courier* (junio de 1999).

<sup>41</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 50.

<sup>42</sup> Winter KING, «Illegal Settlements and the Impact of Titling Programmes», *Harvard Law Review*, vol. 44, núm. 2 (septiembre de 2003), p. 471.

<sup>43</sup> NACIONES UNIDAS, *Karachi*, serie sobre el crecimiento y las políticas demográficas en las megaciudades, Nueva York, 1988, p. 19.

suelen consentir el asentamiento informal (y la especulación privada ilegal) mientras puedan controlar el cariz político de las áreas urbanas hiperdegradadas y extraigan un flujo regular de sobornos o alquileres. Sin títulos de tierra o de propiedad de una vivienda formales, los habitantes de estas áreas hiperdegradadas se ven metidos en relaciones de dependencia casi feudales con funcionarios locales y peces gordos del partido gubernamental. La deslealtad puede suponer el desalojo o incluso la destrucción de todo un barrio.

El suministro de las infraestructuras esenciales, por su parte, va muy a la zaga del ritmo de urbanización y, con frecuencia, las áreas hiperdegradadas de la periferia urbana no cuentan en absoluto con servicios públicos formales ni con instalaciones sanitarias<sup>44</sup>. Las áreas pobres de las ciudades latinoamericanas tienen en general mejores servicios públicos que el sur de Asia, donde, a su vez, se suele contar con un mínimo de servicios urbanos, como agua y electricidad, de los cuales carecen muchas áreas urbanas hiperdegradadas africanas. Al igual que en el Londres de principios de la época victoriana, la contaminación del agua a causa de desechos humanos y animales sigue siendo la causa de enfermedades diarreicas crónicas que matan al año por lo menos a dos millones de bebés y niños pequeños de las ciudades<sup>45</sup>. Se estima que un 57 por 100 de africanos de las ciudades carecen de acceso a las instalaciones sanitarias básicas y, en urbes como Nairobi, los pobres deben utilizar «inodoros volantes» (defecar en una bolsa de plástico)<sup>46</sup>. En Mumbai, por su parte, el problema de instalaciones sanitarias queda caracterizado por *ratios* de un inodoro por cada 500 habitantes en los barrios más pobres. Sólo el 11 por 100 de las barriadas pobres de Manila y el 18 por 100 de Dhaka cuentan con medios formales de evacuación de aguas residuales<sup>47</sup>. Aparte de la incidencia de la plaga de VIH/sida, Naciones Unidas considera que dos de cada cinco habitantes de áreas urbanas hiperdegradadas africanas viven en una pobreza que constituye, literalmente, una «amenaza para la vida»<sup>48</sup>.

A su vez, los pobres de las ciudades de todo el mundo se ven obligados a asentarse en terrenos peligrosos y en los que, por lo demás, es imposible edificar, esto es, sobre laderas de montañas excesivamente escarpadas u orillas y llanuras sujetas a inundaciones. Asimismo, ocupan bajo las

---

<sup>44</sup> La ausencia de infraestructuras, sin embargo, crea innumerables nichos para los trabajadores informales: venta de agua, carga y descarga de abono humano, reciclaje de basura, reparto de bombonas de propano, etcétera.

<sup>45</sup> WORLD RESOURCES INSTITUTE, *World Resources: 1996-1997*, Oxford, 1996, p. 21.

<sup>46</sup> Global Urban Observatory, *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millennium?*, cit., p. 25.

<sup>47</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 99.

<sup>48</sup> Global Urban Observatory, *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millennium?*, cit., p. 12.

sombras mortíferas de refinerías, fábricas químicas, vertederos tóxicos o en las inmediaciones de vías de tren y autopistas. La pobreza, por consiguiente, ha «construido» un problema de catástrofes urbanas de una frecuencia y alcance sin precedentes, tal y como queda representado por las inundaciones crónicas de Manila, Dhaka y Río, los incendios de oleoductos en México DF y Cubatão (Brasil), la catástrofe de Bhopal en India<sup>49</sup>, la explosión de una fábrica de municiones en Lagos y los aludes de lodo mortales de Caracas, La Paz y Tegucigalpa<sup>50</sup>. Las comunidades pobres de las ciudades, privadas del derecho a voto, son, además, especialmente vulnerables a los estallidos repentinos de violencia estatal, como la mal-famada destrucción, en 1990, del barrio pobre de la playa de Maroko, en Lagos («una monstruosidad para la comunidad vecina de la isla Victoria, una fortaleza para los ricos»), o la demolición, con temperaturas bajo cero, de la enorme ciudad ocupada de Zhejiangcun a las afueras de Pekín en 1995<sup>51</sup>.

Pero a las áreas urbanas hiperdegradadas, por más mortíferas e inseguras que sean, les espera un futuro radiante. Durante un breve lapso de tiempo, el campo seguirá conteniendo a la mayoría de los pobres del mundo, pero este dudoso privilegio pasará a manos de las áreas urbanas hiperdegradadas aproximadamente en 2035<sup>52</sup>. Por lo menos la mitad de la explosión demográfica urbana que se producirá en el Tercer Mundo se ingresará en la cuenta de las comunidades informales. Dos mil millones de habitantes de áreas urbanas hiperdegradadas para 2030 ó 2040 es una perspectiva monstruosa, casi incomprensible, pero la pobreza urbana se superpone y excede a estas áreas *per se*. De hecho, *The Challenge of the Shums* subraya que, en algunas ciudades, la mayoría de los pobres viven en realidad fuera de áreas urbanas hiperdegradadas *stricto sensu*<sup>53</sup>. Los investigadores del Observatorio Urbano de las Naciones Unidas advierten, además, de que hacia el año 2020 «la pobreza urbana del mundo podría alcanzar al 45-50 por 100 del total de población residente en las ciudades»<sup>54</sup>.

---

<sup>49</sup> En diciembre de 1984, en la ciudad de Bhopal, capital del Estado de Madhya Pradesh, en India central, un escape de gas venenoso de una fábrica de pesticidas de capital estadounidense causó la muerte de cerca de 2.500 personas y miles de heridos [N. de la T.].

<sup>50</sup> Para el estudio ejemplar de un caso concreto, véase Greg BANKOFF, «Constructing Vulnerability: The Historical, Natural and Social Generation of Flooding in Metropolitan Manila», *Disasters*, vol. 27, núm. 3 (2003), pp. 224-238.

<sup>51</sup> Amy Otchet, «Lagos: the survival of the determined», cit.; Li ZHANG, *Strangers in the City: Reconfigurations of Space, Power and Social Networks within China's Floating Population*, Stanford, 2001 y Alan GILBERT, *The Latin American City*, Nueva York, 1998, p. 16.

<sup>52</sup> Martin RAVALLION, *On the urbanization of poverty*, documento del Banco Mundial, 2001.

<sup>53</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Shums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 28.

<sup>54</sup> Global Urban Observatory, *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millennium?*, cit., p. 12.

#### 4. El big bang de la pobreza urbana

*Tras una misteriosa carcajada, cambiaron rápidamente de tema de conversación. ¿Cómo estaba sobreviviendo la gente en su país natal al Plan de Ajuste Estructural?*

Fidelis Balogun, *Adjusted Lives*, 1995

La evolución de la nueva pobreza urbana ha constituido un proceso histórico no lineal. La paulatina incorporación de barrios de chabolas al casco urbano aparece interrumpida repetidamente por vendavales de pobreza y repentinas explosiones de construcción chabolista. En su colección de relatos *Adjusted Lives*, el escritor nigeriano Fidelis Balogun describe la llegada del Plan de Ajuste Estructural impuesto por el FMI a mediados de la década de los ochenta como el equivalente a una gran catástrofe natural, que destruyó para siempre el antiguo espíritu de Lagos y «reesclavizó» a los nigerianos que vivían en centros urbanos.

La extraña lógica de este plan económico parecía consistir en que, para devolver la vida a una economía agonizante, había que EXPRIMIR primero hasta la última gota de la mayoría subprivilegiada de ciudadanos. La clase media desapareció rápidamente y los montones de basura de aquellos pocos cada vez más ricos se convirtieron en la mesa en la que comía la población multiplicada de aquellos que vivían en la miseria más absoluta. La fuga de cerebros hacia los países árabes ricos en petróleo y hacia el mundo occidental se convirtió en un torrente<sup>55</sup>.

La denuncia que hace Balogun de una «privatización a toda marcha y nosotros cada día más hambrientos» o su enumeración de las consecuencias perversas del Plan de Ajuste Estructural resultarían familiares al instante para los supervivientes no sólo de los otros 30 planes de ajuste africanos, sino también para los cientos de millones de los de planes asiáticos y latinoamericanos. La década de los ochenta, cuando el FMI y el Banco Mundial utilizaron la palanca de la deuda para reestructurar las economías de la mayor parte del Tercer Mundo, es la década en la que las áreas urbanas hiperdegradadas se convirtieron en un futuro implacable, no sólo para los migrantes pobres rurales, sino también para millones de urbanitas de toda la vida, desplazados o empobrecidos hasta la miseria por la violencia del «ajuste».

Tal y como subraya *The Challenge of the Slums*, los Planes de Ajuste Estructural eran «de naturaleza deliberadamente antiurbana» y estaban diseñados para contrarrestar cualquier «inclinación urbana» que existiera con anterioridad en las políticas de asistencia social, la estructura fiscal o

---

<sup>55</sup> Fidelis Odun BALOGUN, *Adjusted Lives: stories of structural adjustment*, Trenton, NJ, 1995, p. 80.

la inversión gubernamental<sup>56</sup>. En todas partes, el FMI –haciendo de administrador de los grandes bancos y respaldado por los gobiernos de Reagan y de Bush– ofrecía a los países pobres el mismo cáliz envenenado, hecho de devaluación, privatización, supresión de los controles a las importaciones y de las subvenciones alimentarias, pago forzoso del coste real de la sanidad y la educación y reducción inexorable del sector público. (Un malfamado telegrama de 1985 que el secretario del Tesoro George Shultz envió a los funcionarios en el extranjero de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional [USAID] ordenaba: «en la mayoría de los casos, las empresas del sector público deberían privatizarse.»)<sup>57</sup> Al mismo tiempo, los Planes de Ajuste Estructural arruinaron a los campesinos minifundistas al suprimir las ayudas y al abandonarlos «a su suerte» en los mercados globales de materias primas dominados por la agroindustria del Primer Mundo<sup>58</sup>.

Tal y como señala Ha-Joon Chang, los Planes de Ajuste Estructural «quitaron de un puntapié la escalera» (es decir, los aranceles y ayudas proteccionistas) que las naciones de la OCDE habían utilizado históricamente en su propio ascenso de la agricultura a los bienes y servicios urbanos de alto valor añadido<sup>59</sup>. *The Challenge of the Slums* indica lo mismo cuando sostiene que la «causa principal del crecimiento de la pobreza y la desigualdad durante las décadas de los ochenta y los noventa fue el retraimiento del Estado». Además de las reducciones del gasto y de las propiedades del sector público impuestas por los Planes de Ajuste Estructural, los autores de Naciones Unidas subrayan la disminución, más sutil, de la capacidad pública como resultado de la «subsidiariedad»: el traspaso de competencias a escalones más bajos de gobierno y, en especial, a las ONG, ligadas directamente a los principales organismos de ayuda internacionales.

---

<sup>56</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 30. Los teóricos de la «inclinación urbana», como Michael Lipton, que inventó el término en 1977, sostienen que la agricultura tiende a estar infracapitalizada en los países en vías de desarrollo, y las ciudades, relativamente «sobrurbanizadas», porque las políticas presupuestarias y financieras favorecen a las elites urbanas y distorsionan los flujos de inversión. En último extremo, las ciudades son vampiros del campo. Véase M. LIPTON, *Why Poor People Stay Poor: A Study of Urban Bias in World Development*, Cambridge, 1977.

<sup>57</sup> Citado en Tony KILLICK, «Twenty-five Years in Development: the Rise and Impending Decline of Market Solutions», *Development Policy Review*, vol. 4 (1986), p. 101.

<sup>58</sup> Deborah BRYCESON, «Disappearing Peasantries? Rural Labour Redundancy in the Neoliberal Era and Beyond», en Deborah BRYCESON, Cristóbal KAY y Jos MOOIJ (eds.), *Disappearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*, Londres, 2000, pp. 304-305.

<sup>59</sup> Ha-Joon CHANG, «Kicking Away the Ladder: Infant Industry Promotion in Historical Perspective», *Oxford Development Studies*, vol. 31, núm. 1 (2003), p. 21. «La renta *per capita* aumentó en los países en vías de desarrollo un 3 por 100 anual entre 1960 y 1980, pero sólo un 1,5 por 100 entre 1980 y 2000 [...]. Los economistas neoliberales se enfrentan aquí, por lo tanto, a una paradoja. Los países en vías de desarrollo tuvieron un crecimiento más rápido cuando emplearon «malas» políticas entre 1960 y 1980 que cuando aplicaron «buenas» (o por lo menos «mejores») políticas durante las dos siguientes décadas» (p. 28).

Toda la estructura aparentemente descentralizada es ajena a la noción de gobierno representativo nacional que ha sido de gran utilidad para el mundo desarrollado, mientras que resulta muy dúctil para el funcionamiento de una hegemonía global. La perspectiva internacional dominante [es decir, la de Washington] se convierte en el paradigma *de facto* del desarrollo, de modo que todo el planeta se unifica rápidamente en la dirección general de lo que los donantes y las organizaciones internacionales apoyan<sup>60</sup>.

Las áreas urbanas de África y América Latina fueron las que se vieron más duramente afectadas por la depresión artificial organizada por el FMI y la Casa Blanca. De hecho, en muchos países, el impacto económico de los Planes de Ajuste Estructural durante la década de los ochenta, unido a sequías excesivamente prolongadas, precios del petróleo en aumento, tipos de interés por las nubes y precios de las materias primas en descenso, resultó más grave y duradero que la Gran Depresión.

El balance del ajuste estructural en África, analizado por Carole Rakodi, incluye la fuga de capitales, el hundimiento de la industria manufacturera, el incremento marginal o negativo de las rentas de exportación, los recortes drásticos en los servicios públicos de las ciudades, los precios por las nubes y la brusca caída de los salarios reales<sup>61</sup>. En Kinshasa («¿una aberración o un signo de lo que nos espera?»), el *assainissement* [saneamiento] liquidó al funcionariado de clase media y produjo un «increíble descenso en los salarios reales» que, a su vez, auspició un aumento espeluznante de la delincuencia y de las bandas depredadoras<sup>62</sup>. En Dar es Salaam, el gasto en servicios públicos por persona se redujo un 10 por 100 al año durante la década de los ochenta: en realidad, una destrucción del Estado local<sup>63</sup>. En Jartum, la liberalización y el ajuste estructural, de acuerdo con los investigadores locales, crearon 1.100.000 «nuevos pobres»: «en su mayoría salidos de los grupos de asalariados o de empleados del sector público»<sup>64</sup>. En Abiyán, una de las pocas ciudades tropicales africanas con un sector industrial importante y servicios urbanos modernos, el sometimiento al régimen de ajuste estructural condujo sin demora a la desindustrialización, a la ruina de la construcción y a un rápido deterioro del transporte público y de las instalaciones sanitarias<sup>65</sup>. En la Nigeria de Balogun, la pobreza extrema, cada vez más urbanizada en Lagos, Ibadan y otras ciudades,

<sup>60</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 48.

<sup>61</sup> Carole RAKODI, «Global Forces, Urban Change, and Urban Management in Africa», en Carole Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa: Growth and Management of Its Large Cities*, cit., pp. 50 y 60-61.

<sup>62</sup> Jean-Luc Piermay, «Kinshasa: A rerieved mega-city?», cit., pp. 235-236; «Megacities», *Time* (11 de enero de 1993), p. 26.

<sup>63</sup> Michael MATTINGLY, «The Role of the Government of Urban Areas in the Creation of Urban Poverty», en Sue JONES y Nici NELSON (eds.), *Urban Poverty in Africa*, Londres, 1999, p. 21.

<sup>64</sup> Adil AHMAD y Ata EL-BATTHANI, «Poverty in Khartoum», *Environement and Urbanization*, vol. 7, núm (2 octubre de 1995), p. 205.

<sup>65</sup> Alain DUBRESSON, «Abidjan», en Carole Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa: Growth and Management of Its Large Cities*, cit., pp. 261-263.



experimentó un proceso de metástasis, pasando del 28 por 100 en 1980 al 66 por 100 en 1996. «El PNB per cápita, en torno a 260 dólares en la actualidad –informa el Banco Mundial– está por debajo del nivel que tenía hace cuarenta años, cuando el país obtuvo la independencia, y por debajo del nivel de 370 dólares alcanzado en 1985.»<sup>66</sup>

En América Latina, los Planes de Ajuste Estructural (con frecuencia aplicados por dictaduras militares) desestabilizaron las economías rurales, al mismo tiempo que atacaban salvajemente el empleo y la vivienda en las urbes. En 1970, las teorías «foquistas» de inspiración guevarista que auspiciaban la insurrección rural todavía se ajustaban a una realidad continental en la que la pobreza del campo (75 millones de pobres) eclipsaba la de las ciudades (44 millones de pobres). Hacia finales de la década de los ochenta, sin embargo, la inmensa mayoría de pobres (115 millones en 1990) vivían en *colonias* y *villas miseria*<sup>67</sup> de las ciudades, en lugar de en granjas y aldeas (80 millones)<sup>68</sup>.

Entretanto, la desigualdad urbana se disparó. En Santiago de Chile, la dictadura de Pinochet arrasó barrios de chabolas y desalojó a okupas anteriormente radicales: al obligar a las familias pobres a convertirse en *allegados*, el número de habitantes de una misma vivienda alquilada se duplicó o incluso triplicó. En Buenos Aires, la porción de renta correspondiente al decilo más rico de la población pasó de ser 10 veces la porción correspondiente al decilo más pobre en 1984 a 23 veces en 1989<sup>69</sup>. En Lima, donde el valor del salario mínimo se redujo un 83 por 100 durante la recesión impuesta por el FMI, el porcentaje de hogares que vivían por debajo del umbral de pobreza aumentó de un 17 por 100 en 1985 a un 44 por 100 en 1990<sup>70</sup>. En Río de Janeiro, la desigualdad, medida de acuerdo con los clásicos coeficientes de Gini, se elevó de un 0,58 en 1981 hasta un 0,67 en 1989<sup>71</sup>. En efecto, en toda América Latina, la década de los ochenta hizo más profundas las simas y elevó los picos de la topografía social más extrema del mundo. (De acuerdo con un informe del Banco Mundial del año 2003, los coeficientes de Gini son 10 puntos más altos en América Latina que en Asia; 17,5 puntos más altos que en la OCDE y 20,4 puntos más altos que en Europa del Este.)<sup>72</sup>

En todo el Tercer Mundo, las convulsiones económicas de la década de los ochenta obligaron a los individuos a reagruparse en torno a los recursos

<sup>66</sup> BANCO MUNDIAL, *Nigeria: Country Brief* (septiembre de 2003).

<sup>67</sup> En español latinoamericano en el original [N. de la T.].

<sup>68</sup> Naciones Unidas, *World Urbanization Prospects*, cit., p. 12.

<sup>69</sup> LUIS AINSTEIN, «Buenos Aires: a case of deepening social polarization», en Alan Gilbert, *The Mega-City in Latin America*, cit., p. 139.

<sup>70</sup> GUSTAVO RIOFRÍO, «Lima: Mega-city and mega-problem», en Alan Gilbert, *The Mega-City in Latin America*, cit., p. 159 y Alan Gilbert, *The Latin American City*, cit., p. 73.

<sup>71</sup> HAMILTON TOLOSA, «Río de Janeiro: Urban Expansion and structural change», en Alan Gilbert, *The Mega-City in Latin America*, cit., p. 211.

<sup>72</sup> BANCO MUNDIAL, *Inequality in Latin America and the Caribbean*, Nueva York, 2003.

colectivizados de los hogares y, en especial, a las habilidades de supervivencia y a la inventiva desesperada de las mujeres. En China y en las ciudades en proceso de industrialización del sudeste asiático, millones de mujeres jóvenes se embridaron a la cadena de montaje y a la miseria de fábrica. En África y en la mayor parte de América Latina (exceptuando las ciudades fronterizas del norte de México), no existía esta opción. Por el contrario, la desindustrialización y la destrucción de los empleos masculinos en el sector formal obligaron a las mujeres a improvisar nuevas formas de ganarse la vida como trabajadoras a destajo, expendedoras de bebidas alcohólicas, vendedoras callejeras, limpiadoras, lavanderas, traperas, niñeras y prostitutas. En América Latina, donde la participación de las mujeres de las ciudades en la fuerza de trabajo siempre había sido más baja que en otros continentes, la oleada de mujeres en las actividades informales del terciario durante la década de los ochenta resultó especialmente espectacular<sup>73</sup>. En África, donde los iconos del sector informal son las mujeres que regentan bares clandestinos o venden hortalizas en puestos ambulantes, Christian Rogerson nos recuerda que la mayoría de mujeres de este sector en realidad no trabajan por cuenta propia ni son económicamente independientes, sino que trabajan para una segunda persona<sup>74</sup>. (Por lo general, en los análisis del sector informal se resta importancia a estas redes ubicuas y atroces de microexplotación, de pobres que explotan a los muy pobres.)

La pobreza urbana también se feminizó abrumadoramente en los antiguos países del COMECON, tras la «liberación» capitalista de 1989. A principios de la década de los noventa, el número de afectados por la pobreza extrema en los antiguos «países en transición» (tal y como los denomina Naciones Unidas) se elevó de 14 a 168 millones: una pauperización de masas casi sin precedentes en la historia<sup>75</sup>. Si, en un balance global, esta catástrofe económica se vio parcialmente compensada por el tan elogiado éxito de China en el incremento de las rentas en sus ciudades costeras, el precio del «milagro» de mercado chino fue «un enorme aumento de la desigualdad salarial entre los trabajadores urbanos [...] durante el periodo que va de 1988 a 1999». Las mujeres y las minorías se vieron especialmente perjudicadas<sup>76</sup>.

---

<sup>73</sup> Orlandina de OLIVEIRA y Bryan ROBERTS, «The Many Roles of the Informal Sector in Development», en Cathy RAKOWSKI (ed.), *Contrapunto: the Informal Sector Debate in Latin America*, Albany, 1994, pp. 64-68.

<sup>74</sup> Christian ROGERSON, «Globalization or informalization? African urban economies in the 1990s», en Carole RAKODI (ed.), *The Urban Challenge in Africa: Growth and Management of Its Large Cities*, cit., p. 348.

<sup>75</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 2.

<sup>76</sup> Albert PARK *et al.*, «The Growth of Wage Inequality in Urban China, 1988 to 1999», texto de trabajo del Banco Mundial, febrero de 2003, p. 27 (cita) y John KNIGHT y Linda SONG, «Increasing urban wage inequality in China», *Economics of Transition*, vol. II, núm. 4 (2003), p. 616 (discriminación).

En teoría, naturalmente, la década de los noventa debería haber corregido los errores de la de los ochenta y permitido a las ciudades del Tercer Mundo recuperar el terreno perdido y vadear el abismo de desigualdad creado por los Planes de Ajuste Estructural. El dolor del ajuste debería haber venido seguido del analgésico de la globalización. En realidad, la década de los noventa, tal y como observa con ironía *The Challenge of the Slums*, fue la primera en la que el desarrollo urbano global se produjo dentro de parámetros casi utópicos de libertad de mercado neoclásica.

Durante la década de los noventa, el comercio siguió expandiéndose a un ritmo casi sin precedentes, las áreas vedadas se abrieron y el gasto militar se redujo [...]. Todos los *inputs* básicos de producción se abarataron, a medida que los tipos de interés bajaban a gran velocidad, junto con el precio de las materias primas esenciales. Los flujos de capital cada vez estaban menos trabados por controles nacionales y podían desplazarse con rapidez a la mayor parte de áreas productivas. Bajo lo que casi eran condiciones económicas perfectas de acuerdo con la doctrina económica neoliberal dominante, cabría haber pensado que la década se caracterizaría por una prosperidad y una justicia social incomparables<sup>77</sup>.

Sin embargo, resultó que la pobreza urbana siguió acumulándose implacablemente, «la brecha entre países pobres y ricos creció, tal y como había hecho durante los veinte años anteriores y, en la mayoría de países, las desigualdades de renta aumentaron o, en el mejor de los casos, se estabilizaron». La desigualdad global, de acuerdo con las medidas de los economistas del Banco Mundial, alcanzó hacia finales del siglo xx la increíble cifra de coeficiente de Gini de 0,67, es decir, el equivalente matemático de una situación en la que los dos tercios más pobres del mundo no recibieran ninguna renta y el tercio más rico la recibiera toda<sup>78</sup>.

## 5. ¿Una humanidad excedente?

*Nos abrimos paso en torno a las inmediaciones de la ciudad, aferrándonos a ella por sus miles de grietas de supervivencia...*

Patrick Chamoiseau, *Texaco* (1997)

La tectónica brutal de la globalización neoliberal desencadenada desde 1978 resulta análoga a los procesos catastróficos que conformaron el «tercer mundo» en sus orígenes, durante los años del imperialismo victoriano tardío (1870-1900). En aquel momento, la incorporación forzosa al mercado mundial de los grandes campesinados de subsistencia de Asia y

<sup>77</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 34.

<sup>78</sup> Shaohua CHEN y Martin RAVALLION, *How Did the World's Poorest Fare in the 1990s?*, artículo del Banco Mundial, 2000.

África acarreó la muerte por inanición de millones de personas y el desarraigo de sus propiedades tradicionales de decenas de millones más. El resultado final, también en América Latina, fue la «semiproletarización» rural: la creación de una enorme clase global de semicampesinos y jornaleros pauperizados que carecían de una garantía existencial de subsistencia<sup>79</sup>. (Por consiguiente, el siglo xx se convirtió en una época no de revoluciones urbanas, como había imaginado el marxismo clásico, sino de insurrecciones rurales que marcaron época y guerras de liberación nacional de base campesina.) El ajuste estructural ha efectuado al parecer una reconfiguración igualmente fundamental de los futuros humanos. Tal y como concluyen los autores de *The Challenge of the Slums*: «En lugar de ser un foco de crecimiento y prosperidad, las ciudades se han convertido en un vertedero para una población excedente que trabaja en todo tipo de servicios informales mal pagados, descualificados y sin ningún tipo de protección». «El auge de [este] sector informal –declaran sin rodeos– constituye [...] un resultado directo de la liberalización.»<sup>80</sup>

En efecto, la clase trabajadora informal global (que coincide sólo parcialmente con la población de las áreas urbanas hiperdegradadas) alcanza en total casi 1.000 millones: esto la convierte en la clase social más inaudita y con un crecimiento más rápido de la tierra. Desde que el antropólogo Keith Hart sacara a colación la idea de un «sector informal» durante su trabajo en Accra en 1973, una enorme bibliografía (que en la mayoría de los casos no consigue distinguir la microacumulación de la subsistencia) ha luchado con los formidables problemas teóricos y empíricos que implica el estudio de las estrategias de supervivencia de los pobres de las ciudades<sup>81</sup>. Existe un consenso básico, sin embargo, de acuerdo con el cual la crisis de la década de los ochenta invirtió las posiciones estructurales relativas de los sectores formal e informal, al fomentar el supervivencialismo informal como nuevo modo principal de subsistencia en una mayoría de ciudades del Tercer Mundo.

Alejandro Portes y Kelly Hoffman han evaluado recientemente el impacto general de los Planes de Ajuste Estructural y de la liberalización sobre las estructuras de clase de las ciudades latinoamericanas desde la década de los setenta. En línea con las conclusiones de Naciones Unidas, han descubierto que tanto los empleados estatales como el proletariado formal se habían reducido desde 1970 en todos los países de la región. Por el contrario, el sector informal de la economía, junto con la desigualdad social general, se había extendido de manera espectacular. A diferencia de algu-

---

<sup>79</sup> Véase Mike DAVID, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of Third World*, Londres, 2001, en especial pp. 206-209.

<sup>80</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., pp. 40 y 46.

<sup>81</sup> Keith HART, «Informal income opportunities and urban employment in Ghana», *Journal of Modern African Studies* II (1973), pp. 61-89.

nos investigadores, estos autores establecen una distinción crucial entre una pequeña burguesía informal («la suma de propietarios de microempresas, con menos de cinco empleados, más profesionales y técnicos que trabajan por cuenta propia») y el proletariado informal («la suma de trabajadores por cuenta propia menos profesionales y técnicos, empleados domésticos y trabajadores pagados y no pagados de microempresas»). Demuestran que este primer estrato, los «microempresarios» tan queridos en las escuelas de empresariales norteamericanas, son con frecuencia profesionales del sector público desplazados o trabajadores cualificados despedidos. Desde la década de los ochenta, su porcentaje dentro de la población urbana económicamente activa había crecido de cerca de un 5 a un 10 por 100: una tendencia que refleja «la empresariedad forzosa que el declive del empleo en el sector formal impulsó a los empleados anteriormente asalariados»<sup>82</sup>.

En conjunto, de acuerdo con *The Challenge of the Slums*, los trabajadores informales representan cerca de dos quintos de la población económicamente activa del mundo en vías de desarrollo<sup>83</sup>. En opinión de los investigadores del Banco de Desarrollo Interamericano, la economía informal emplea en la actualidad a un 57 por 100 de la mano de obra latinoamericana y proporciona cuatro de cada cinco nuevos «puestos de trabajo»<sup>84</sup>. Otras fuentes afirman que más de la mitad de los indonesios de las ciudades y un 65 por 100 de los residentes de Dhaka subsisten gracias al sector informal<sup>85</sup>. *The Challenge of the Slums* cita asimismo el descubrimiento de una investigación de acuerdo con el cual la actividad económica informal representa del 33 al 40 por 100 del empleo urbano en Asia, del 60 al 75 por 100 en América Central y el 60 por 100 en África<sup>86</sup>. De hecho, en las ciudades subsaharianas, la creación de «puestos de trabajo formales» prácticamente ha dejado de existir. Un estudio de la OIT sobre los mercados laborales urbanos de Zimbabue de principios de la década de los noventa, bajo un ajuste estructural de «estancamiento inflacionista», descubrió que el sector formal sólo estaba creando 10.000 puestos de trabajo al año, frente a un crecimiento de la mano de obra urbana de 300.000 personas al año<sup>87</sup>. Del mismo modo, *The Challenge of the Slums* estima que por lo menos el 90 por 100 de los nuevos puestos de trabajo de las ciudades africanas durante la próxima década de alguna manera provendrán del sector informal<sup>88</sup>.

<sup>82</sup> Alejandro PORTES y Kally HOFFMAN, «Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era», *Latin American Research Review*, vol. 38, núm. 1 (2003), p. 55.

<sup>83</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 60.

<sup>84</sup> Citado en *The Economist* (21 de marzo de 1998), p. 37.

<sup>85</sup> Dennis RONDINELLI y John KASARDA, «Job Creation Needs in Third World Cities», en John KASARDA y Allan PARNELL (eds.), *Third World Cities: Problems, policies and prospects*, Newbury Park, CA, 1993, pp. 106-107.

<sup>86</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 103.

<sup>87</sup> Guy MHONE, «The impact of structural adjustment on the urban informal sector in Zimbabwe», *Issues in Development*, texto de discusión núm. 2, OIT, Ginebra, s. f., p. 19.

<sup>88</sup> UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements 2003*, cit., p. 104.

Es posible que los expertos del «capitalismo del hombre pobre», como el incontenible Hernando de Soto, vean en realidad a esta población enorme de peones marginados, funcionarios despedidos y antiguos campesinos como una colmena frenética de ambiciosos empresarios ansiosos por derechos de propiedad formales y por un espacio competitivo desregulado, pero tiene un sentido más evidente considerar a la mayor parte de trabajadores informales como desempleados «activos», a los que no les queda otra elección que subsistir por algún medio o pasar hambre<sup>89</sup>. No es muy probable —y que nos disculpe el señor De Soto— que los niños de la calle, estimados en 100 millones, empiecen lanzando ofertas públicas de acciones o vendiendo futuros de chicle<sup>90</sup>. Tampoco es probable que la mayor parte de los 70 millones de «trabajadores flotantes» de China, que viven furtivamente en la periferia urbana, acabe capitalizándose a través de su conversión en pequeños subcontratistas o integrándose en la clase trabajadora urbana formal. Y, casi universalmente, las leyes y pautas laborales privan a la clase trabajadora informal —en todas partes sometida a microexplotación y macroexplotación— de cualquier tipo de protección.

Por otra parte, tal y como sostiene Alain Dubresson para el caso de Abiyán, «el dinamismo de la artesanía y del comercio a pequeña escala depende en gran medida de la demanda proveniente del sector asalariado». Este autor advierte contra la «ilusión» alimentada por la OIT y por el Banco Mundial de que «el sector informal puede sustituir de manera eficaz al sector formal y estimular un proceso de acumulación suficiente para una ciudad de más de 2,5 millones de habitantes»<sup>91</sup>. Christian Rogerson se hace eco de su advertencia y, distinguiendo (*à la* Portes y Hoffman) entre microempresas «supervivencialistas» y de «crecimiento», escribe sobre estas primeras: «En términos generales, las rentas generadas en estas empresas, en su mayoría dirigidas por mujeres, no suelen llegar siquiera al nivel mínimo de subsistencia e implican una inversión de capital muy pequeña, prácticamente un aprendizaje técnico igual a cero y oportunidades muy restringidas de expansión hacia un negocio viable. En África, con salarios urbanos tan bajos, incluso en el sector informal, que los economistas no entienden cómo sobreviven los trabajadores (el denominado «enigma salarial»), el sector terciario informal se ha convertido en un terre-

---

<sup>89</sup> Orlandina de Oliveira y Bryan Roberts insisten con acierto en que habría que identificar a los miembros del estrato inferior de la fuerza de trabajo urbana «no sólo por el nombre de su profesión o por si el puesto de trabajo que ocupan es formal o informal, sino también por la estrategia doméstica que despliegan para la obtención de renta». La gran mayoría de los pobres de las ciudades subsiste únicamente «poniendo en común las rentas particulares y compartiendo la vivienda, la comida y otros recursos», ya sea entre familiares o *compadres* («Urban Development and Social Inequality in Latin America», en Josef Gugler, *Cities in the Developing World*, cit., p. 290).

<sup>90</sup> Estadísticas sobre niños de la calle: *Natural History* (julio de 1997), p. 4.

<sup>91</sup> Alain Dubresson, «Abidjan», cit., p. 263.

no de competencia darwiniana extrema entre los pobres. Rogerson cita los ejemplos de Zimbabue y Sudáfrica, donde nichos informales controlados por mujeres como el de los bares clandestinos y las *spazas* se encuentran ahora absolutamente congestionados y aquejados por una crisis de rentabilidad<sup>92</sup>.

La tendencia macroeconómica real del trabajo informal, en otras palabras, es la reproducción de la pobreza absoluta. Pero, si el proletariado informal no es el sector más pequeño de la pequeña burguesía, tampoco es un «ejército de fuerza de trabajo de reserva» ni un «lumpen proletariado» en ningún sentido decimonónico obsoleto. Parte de él, desde luego, constituye una mano de obra clandestina para la economía formal y numerosos estudios han mostrado cómo las redes de subcontratación de WalMart y otras megaempresas penetran en profundidad la miseria de las *colonias* y *chawls*. Pero al caer la noche, la mayoría de los residentes de las áreas urbanas hiperdegradadas se encuentra verdadera y radicalmente sin techo en la economía internacional contemporánea.

Las áreas urbanas hiperdegradadas, por supuesto, se originan en el campo global, donde, tal y como nos recuerda Deborah Bryceson, la competencia desigual con la agroindustria a gran escala está «desgarrando por las costuras» la sociedad rural tradicional<sup>93</sup>. A medida que las áreas rurales pierden su «capacidad de almacenaje», las áreas urbanas hiperdegradadas ocupan su lugar y la «involución» urbana sustituye a la involución rural como receptáculo de una fuerza de trabajo excedente que sólo consigue mantener el ritmo de subsistencia con hazañas cada vez más heroicas de autoexplotación y con la profundización de la subdivisión competitiva de nichos de supervivencia ya de por sí muy saturados<sup>94</sup>. La «Modernización», el «Desarrollo» y, ahora, el «Mercado» sin cortapisas han pasado de moda. La fuerza de trabajo de mil millones de personas ha quedado expulsada del sistema mundial y ¿quién es capaz de imaginar un escenario plausible bajo los auspicios del neoliberalismo que reintegre a estas personas como trabajadores productivos o consumidores de masas?

---

<sup>92</sup> Christian Rogerson, «Globalization or informalization? African urban economies in the 1990s», cit., pp. 347-351.

<sup>93</sup> Deborah Bryceson, «Disappearing Peasantries? Rural Labour Redundancy in the Neoliberal Era and Beyond», cit., pp. 307-308.

<sup>94</sup> En la inimitable definición original de Clifford Geertz, la «involución» es «la evolución acelerada de una forma establecida que hace que ésta vaya rigidizándose a través de una sobrelaboración interna del detalle», en Clifford GEERTZ, *Agricultural involution: Social development and economic change in two indonesian towns*, Chicago, 1963, p. 82. De manera más prosaica, cabe describir la «involución», agrícola o urbana, como una autoexplotación en espiral de la fuerza de trabajo (manteniéndose fijos otros factores) que continúa, pese a unos rendimientos rápidamente decrecientes, mientras se produzca algún tipo de rendimiento o incremento.

## 6. Marx y el Espíritu Santo

*[El Señor dijo:] Llegarán los tiempos en que el pobre dirá que no tiene nada que comer y en que el trabajo se habrá acabado [...]. Esto hará que el pobre vaya a esos lugares y fuerce la entrada para conseguir comida. Esto hará que el rico salga con una escopeta para hacerle la guerra al hombre trabajador [...], la sangre correrá por las calles cual lluvia que cae a borbotones del cielo.*

Una profecía del «Azusa Street Awakening» [«Despertar de Azusa Street»] de 1906

La jerarquización de la humanidad por parte del capitalismo tardío ya ha tenido, pues, lugar. Por otra parte, el crecimiento global de un enorme proletariado informal constituye un desarrollo estructural completamente original y no previsto ni por el marxismo clásico ni por los apologetas de la modernización. *The Challenge of the Slums*, de hecho, reta a la teoría social a entender la novedad de un verdadero residuo global que carece del poder económico estratégico del trabajo socializado, pero se encuentra abrumadoramente concentrado en un mundo de barrios de chabolas que envuelve los enclaves fortificados de los ricos de las ciudades.

Desde luego que hubo tendencias a la involución urbana durante el siglo XIX. Las revoluciones industriales europeas eran incapaces de absorber toda la oferta de mano de obra rural desplazada, en especial a partir de la década de los setenta del siglo XIX, cuando la agricultura continental empezó a verse expuesta a la devastadora competencia de las praderas norteamericanas. Pero la inmigración en masa a las sociedades de colonos de las Américas y Oceanía, así como de Siberia, proporcionó una válvula de seguridad dinámica que impidió el surgimiento de mega-Dublín, así como la extensión del tipo de anarquismo de subclase que había arraigado en las regiones más pauperizadas de Europa meridional. En la actualidad, por el contrario, el trabajo excedente se enfrenta a barreras sin precedentes –un «gran muro» literal como materialización de una frontera de alta tecnología– que obstruye la migración a gran escala a los países ricos. Asimismo, los controvertidos programas de reasentamiento de poblaciones en regiones de «frontera» como Amazonia, Tibet, Kalimantan e Irian Jaya producen la devastación del medio ambiente y conflictos étnicos, sin reducir sustancialmente la pobreza urbana en Brasil, China e Indonesia.

De modo que las áreas urbanas hiperdegradadas se mantienen como una solución extendida en franquicias por todo el mundo para el problema de almacenamiento de la humanidad excedente del siglo XXI. ¿Pero no son estas grandes áreas urbanas hiperdegradadas, como en otro tiempo imaginara una burguesía victoriana aterrorizada, volcanes a la espera de entrar en erupción? ¿O asegura la competencia darwiniana despiadada, a medida que aumenta el número de gente pobre que compite por las mismas migajas informales, una violencia comunal que se consume a sí misma como la forma por ahora más elevada de involución urbana? ¿Hasta qué punto cuenta un proletariado informal con el más potente de los talismanes marxistas: la capacidad de constituirse como «agente histó-



rico»? ¿Puede una fuerza de trabajo desincorporada reincorporarse en un proyecto emancipatorio global? ¿O la sociología de la protesta en la megaciudad pauperizada no es más que una regresión a la turba urbana preindustrial, explosiva episódicamente, durante las crisis de consumo, pero por lo demás fácil de gobernar a través del clientelismo, el espectáculo populista y las apelaciones a la unidad étnica? ¿O se trata de un nuevo e inesperado sujeto histórico, *à la* Hardt y Negri, que avanza desgarbado hacia la superciudad?

A decir verdad, la actual bibliografía sobre la pobreza y las protestas urbanas brinda pocas respuestas a cuestiones de tal envergadura. Algunos investigadores, por ejemplo, preguntarían si los trabajadores informales pobres o heterogéneos económicamente que habitan áreas urbanas hiperdegradadas atravesadas por la diversidad étnica llegan siquiera a constituir una «clase en sí» coherente, no digamos ya una «clase para sí» activista en potencia. Con seguridad, el proletariado informal soporta «cadenas radicales», en el sentido marxista de no tener –o apenas tener– ningún interés particular en la preservación del modo de producción existente. Pero, puesto que los migrantes rurales desarraigados y los trabajadores informales se han visto en gran medida desposeídos de su fuerza de trabajo intercambiable o rebajados al servicio doméstico en casas de ricos, apenas tienen acceso a la cultura del trabajo colectivo o a la lucha de clases a gran escala. Su escenario social tiene necesariamente que ser la calle o el mercado del área urbana hiperdegradada, no la fábrica o la cadena de montaje internacional.

Las luchas de los trabajadores informales, tal y como recalca John Walton en un repaso de la investigación sobre movimientos sociales en las ciudades pobres, han tendido a ser, ante todo, episódicas y discontinuas. Además, suelen centrarse en cuestiones de consumo inmediato: tomas de tierra en busca de una vivienda asequible y revueltas contra el alza de los precios de la comida o de los servicios públicos. Al menos hasta ahora, «los problemas urbanos en las sociedades en vías de desarrollo han estado por lo general mediados por las relaciones patrón-cliente, más que por el activismo popular»<sup>95</sup>. Desde la crisis de la deuda de la década de los ochenta, los dirigentes neopopulistas en América Latina han tenido un éxito espectacular a la hora de explotar el deseo desesperado de los pobres de las ciudades de estructuras más estables y predecibles de vida cotidiana. Aunque Walton no lo dice explícitamente, el sector informal urbano se ha demostrado promiscuo, desde el punto de vista ideológico, en su apoyo a los salvadores populistas: solidarizándose con Fujimori en Perú, pero adhiriéndose a Chávez en Venezuela<sup>96</sup>. En África y Asia meri-

<sup>95</sup> John WALTON, «Urban Conflict and Social Movements in Poor Countries: Theory and Evidence of Collective Action», artículo para «Cities in Transition Conference», Humboldt University, Berlín, julio de 1987.

<sup>96</sup> Kurt WEYLAND, «Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: how much affinity?», *Third World Quarterly*, vol. 24, núm. 6 (2003), pp. 1095-1115.

dional, por otra parte, el clientelismo urbano con demasiada frecuencia equivale al dominio de intolerantes étnico-religiosos y de sus espeluznantes ambiciones de limpieza étnica. Los ejemplos más conocidos incluyen las milicias antimusulmanas del Congreso del Pueblo Oodua en Lagos y el movimiento semifascista de Shiv Sena en Bombay<sup>97</sup>.

¿Persistirán estas sociologías de la protesta, propias del siglo XVIII, bien entrado el siglo XXI? El pasado constituye probablemente una guía miserable para el futuro. La historia no es uniformadora. El nuevo mundo urbano está evolucionando a una velocidad extraordinaria y con frecuencia en direcciones impredecibles. En todas partes, la acumulación constante de pobreza mina la seguridad existencial y plantea desafíos más extraordinarios si cabe a la inventiva económica de los pobres. Quizás exista un punto de inflexión en el que la contaminación, la aglomeración, la codicia y la violencia de la vida cotidiana urbana acaben arrollando los civismos *ad hoc* y las redes de supervivencia de las áreas urbanas hiperdegradadas. Desde luego que en el viejo mundo rural había umbrales, con frecuencia graduados por el hambre, que, una vez atravesados, llevaban directamente al estallido social. Pero nadie conoce todavía la temperatura social a la que las nuevas ciudades de la pobreza entrarían en combustión de manera espontánea.

A decir verdad, al menos por el momento, Marx ha cedido el escenario histórico a Mahoma y al Espíritu Santo. Si Dios murió en las ciudades de la revolución industrial, ha resurgido de nuevo en las ciudades postindustriales del mundo en vías de desarrollo. El contraste entre las culturas de la pobreza urbana en las dos eras es extraordinario. Tal y como ha demostrado Hugh McLeod en su estudio magistral de la religión de la clase obrera victoriana, Marx y Engels acertaban en gran medida al creer que la urbanización estaba secularizando a la clase obrera. Aunque Glasgow y Nueva York eran excepciones parciales, «la línea de interpretación que asocia el distanciamiento de la clase obrera de la Iglesia con una conciencia de clase creciente es en cierto sentido incuestionable». Aunque las Iglesias pequeñas y las sectas disidentes prosperaban en los suburbios proletarios europeos, la corriente mayoritaria era de incredulidad activa o pasiva. Ya hacia la década de los ochenta del siglo XIX, Berlín escandalizaba a los extranjeros como «la ciudad más irreligiosa del mundo» y en Londres, hacia 1902, la asistencia media de adultos a la iglesia en los barrios proletarios de East End y Docklands era de apenas un 12 por 100 (y en su mayoría católica)<sup>98</sup>. En Barcelona, cómo no, una clase obrera

---

<sup>97</sup> Para un relato fascinante aunque aterrador del ascendiente de Shiv Sena en Bombay a costa de la antigua política comunista y sindicalista, véase Thomas HANSEN, *Wages of Violence: Naming and Identity in Postcolonial Bombay*, Princeton, 2001. Véase también Veena DAS (ed.), *Mirrors of Violence: Communities, Riots and Survivors in South Asia*, Nueva York, 1990.

<sup>98</sup> Hugh McLEOD, *Piety and Poverty: Working-Class Religion in Berlin, London and New York, 1870-1914*, Nueva York, 1996, pp. XXV, 6 y 32.

anarquista saqueó las iglesias durante la Semana Trágica, mientras en los arrabales de San Petersburgo, Buenos Aires e incluso Tokio los trabajadores militantes se adherían ávidamente a los nuevos credos de Darwin, Kropotkin y Marx.

En la actualidad, el islam populista y el cristianismo de Pentecostés (y en Bombay, el culto a Shivaji) ocupan un espacio social análogo al que ocupaban el socialismo y el anarquismo de principios del siglo xx. En Marruecos, por ejemplo, donde ciudades atestadas absorben al año medio millón de emigrantes rurales y donde la mitad de la población tiene menos de veinticinco años, los movimientos islamistas como Justicia y Caridad, fundado por el jeque Abdessalam Yassin, se han convertido en verdaderos gobiernos de las áreas urbanas hiperdegradadas, organizando escuelas nocturnas, proporcionando ayuda legal a las víctimas de abusos por parte del Estado, comprando medicinas para los enfermos, subvencionando peregrinajes y pagando funerales. Tal y como admitió recientemente a Ignacio Ramonet el primer ministro Abderramán Youssoufi, dirigente socialista en otro tiempo exiliado por la monarquía, «nosotros [la izquierda] nos hemos aburguesado. Nos hemos aislado del pueblo. Tenemos que reconquistar los barrios populares. Los islamistas han seducido a nuestro electorado natural. Les han prometido el paraíso terrenal». Un dirigente islamista le dijo a su vez a Ramonet: «Expuesta al abandono del Estado y enfrentada a la brutalidad de la vida cotidiana, la gente descubre, gracias a nosotros, la solidaridad, el apoyo mutuo, la fraternidad. Entienden que islam es humanismo»<sup>99</sup>.

El equivalente del islam populista en los áreas urbanas hiperdegradadas de América Latina y de gran parte del África subsahariana es el pentecostalismo. El cristianismo, desde luego, es ahora, en su mayor parte, una religión no occidental (dos tercios de sus seguidores viven fuera de Europa y Norteamérica) y el pentecostalismo es su misionero más dinámico en las ciudades pobres. De hecho, la especificidad histórica del pentecostalismo estriba en que constituye la primera gran religión mundial que se ha desarrollado, casi por completo, en el suelo de las áreas urbanas hiperdegradadas modernas. Con raíces en el primer metodismo extático y en la espiritualidad afroamericana, el pentecostalismo «despertó» cuando el Espíritu Santo dio el don de lenguas a los participantes en un maratón de plegarias interracial en un barrio pobre de Los Ángeles (en Azusa Street) en 1906. Unificado en torno al bautismo del alma, la curación milagrosa, los dones espirituales [*charismata*] y una creencia premilenarista en una guerra mundial venidera entre capital y trabajo, el primer pentecostalismo americano –tal y como han indicado repetidas veces los histo-

---

<sup>99</sup> Ignacio RAMONET, «Le Maroc indécis», *Le Monde Diplomatique* (julio de 2000), pp. 12-13. Otro antiguo izquierdista le dijo a Ramonet: «Cerca del 65 por 100 de la población vive por debajo del umbral de pobreza. La gente de las *bidonvilles* está completamente apartada de las elites. Ven a las elites como antes veían a los franceses».

riadores de la religión— nació como una «democracia profética» cuyas áreas de influencia rurales y urbanas coincidían en parte, respectivamente, con las del populismo y las de la IWW [Industrial Workers of the World]<sup>100</sup>. En efecto, al igual que los organizadores *wooblies*<sup>101</sup>, sus primeros misioneros en América Latina y África «vivían con frecuencia en una pobreza absoluta, saliendo con poco o nada de dinero, sabiendo rara vez dónde pasarían la noche o cómo conseguirían la siguiente comida»<sup>102</sup>. Tampoco se quedaban a la zaga de la IWW en sus denuncias vehementes de las injusticias del capitalismo industrial y en el anuncio de su destrucción inevitable.

Sintomáticamente, la primera congregación brasileña, en un barrio obrero anarquista de São Paulo, fue fundada por un inmigrante y artesano italiano que había cambiado Malatesta por el Espíritu en Chicago<sup>103</sup>. En Sudáfrica y Rodesia, el pentecostalismo estableció sus primeras bases en los recintos mineros y en los barrios de chabolas, donde, en opinión de Jean Comaroff, «parecía concordar con ideas autóctonas sobre fuerzas espirituales pragmáticas y reparar la despersonalización y la impotencia de la experiencia laboral urbana»<sup>104</sup>. Reconociendo un papel mayor a las mujeres que otras Iglesias cristianas y apoyando enormemente la abstinencia y la frugalidad, el pentecostalismo —tal y como descubrió R. Andrew Chesnut en las *baixadas* de Belém— siempre ha tenido un atractivo particular para «las capas más pauperizadas de las clases empobrecidas»: esposas abandonadas, viudas y madres solteras<sup>105</sup>. Desde 1970, y en gran medida por su atractivo para las mujeres de las áreas urbanas hiperdegradadas y por su reputación de no reparar en el color de la piel, se ha

<sup>100</sup> En su controvertida interpretación sociológica del pentecostalismo, Robert Mapes ANDERSON afirmaba que «su intención inconsciente», como la de otros movimientos milenaristas, era en realidad «revolucionaria», en *Vision of the Disinherited: The Making of American Pentecostalism*, Oxford, 1979, p. 22.

<sup>101</sup> Nombre común con el que se conoce a los miembros de la IWW [N. de la T.].

<sup>102</sup> Robert Mapes Anderson, *Vision of the Disinherited: The Making of American Pentecostalism*, cit., p. 77.

<sup>103</sup> R. Andrew CHESNUT, *Born Again in Brazil: The Pentecostal Boom and the Pathogens of Poverty*, New Brunswick, 1997, p. 29. Sobre los vínculos históricos del pentecostalismo con el anarquismo en Brasil, véase Paul FRESTON, «Pentecostalism in Latin America: Characteristics and Controversies», *Social Compass*, vol. 45, núm. 3 (1998), p. 342.

<sup>104</sup> David MAXWELL, «Historicizing Christian Independence: The Southern Africa Pentecostal Movement, 1908-1960», *Journal of African History* 40 (1990), p. 249 y Jean COMAROFF, *Body of Power; Spirit of Resistance*, Chicago, 1985, p. 186.

<sup>105</sup> R. Andrew Chesnut, *Born Again in Brazil: The Pentecostal Boom and the Pathogens of Poverty*, cit., p. 61. De hecho, Chesnut descubrió que el Espíritu Santo no sólo movía lenguas sino que mejoraba la economía familiar. «Al eliminar los gastos asociados con el complejo de inferioridad masculino, los *assembelianos* fueron capaces de ascender de los rangos inferiores y medios de la pobreza a los escalones superiores, y algunos *quadrangulares* emigraron de la pobreza [...] a los peldaños inferiores de la clase media»: p. 18. (Con el nombre de *assembelianos* se conoce en Brasil a los fieles de la Igreja Assembleia de Deus [Iglesia Asamblea de Dios], también presente en regiones castellanoparlantes de América Latina; por su parte, por *quadrangulares* [en castellano «cuadrangulares»] se conoce a los fieles de la Iglesia del Evangelio Cuadrangular [N. de la T.].)

convertido en lo que cabe sostener que es el mayor movimiento autoorganizado de los pobres de las ciudades sobre la tierra<sup>106</sup>.

Aunque las afirmaciones de que en «2002 había más de 533 millones de pentecostales/carismáticos en el mundo» constituyen probablemente una hipérbole, es muy posible que ya lleguen a la mitad de esa cifra. Por lo general, se admite que el 10 por 100 de América Latina es pentecostal (en torno a 40 millones de personas) y que el movimiento ha sido sin duda la respuesta cultural a la urbanización explosiva y traumática más importante<sup>107</sup>. Por supuesto, a medida que el pentecostalismo se ha globalizado, se ha ido diferenciando en distintas corrientes y sociologías. Pero aunque en Liberia, Mozambique y Guatemala las Iglesias auspiciadas por Estados Unidos han constituido vectores de dictadura y represión, y algunas congregaciones estadounidenses ahora se han aburguesado, pasando a incorporarse al fundamentalismo medio de las áreas residenciales, la ola misionera del pentecostalismo en el Tercer Mundo se mantiene más próxima al espíritu milenarista original de Azusa Street<sup>108</sup>. Ante todo, tal y como descubiera Chesnut en Brasil, «el pentecostalismo [...] sigue siendo una religión de la periferia informal» (y en Belém, en particular, de «los más pobres de entre los pobres»). En Perú, donde el pentecostalismo está creciendo de manera casi exponencial en las grandes *barriadas* de Lima, Jeffrey Gamarra sostiene que el crecimiento de las sectas y de la economía informal «constituyen fenómenos consecuencia y respuesta uno del otro»<sup>109</sup>. Paul Freston agrega que se trata de «la primera religión autónoma de masas de América Latina [...]. Sus dirigentes pueden no ser democráticos, pero provienen de la misma clase social»<sup>110</sup>.

<sup>106</sup> «En toda la historia humana, ningún otro movimiento humano voluntario, no político y no militarista ha crecido con tanta rapidez como lo ha hecho el movimiento pentecostal-carismático en los últimos veinte años»: Peter WAGNER, prólogo a Vinson SYMAN, *The Holiness-Pentecostal Tradition*, Grand Rapids, 1997, p. XI.

<sup>107</sup> Esta estimación tan elevada es de David BARRET y Todd JOHNSON, «Annual Statistical Table on Global Mission: 2001», *International Bulletin of Missionary Research*, vol. 25, núm. 1 (enero de 2001), p. 25. Syman dice que en 1997 había 217 millones de personas que se denominaban pentecostales (*The Holiness-Pentecostal Tradition*, cit., p. IX). Sobre América Latina, compárese P. Freston, «Pentecostalism in Latin America: Characteristics and Controversies», cit., p. 337; R. M. Anderson, *Vision of the Disinherited: The Making of American Pentecostalism*, cit. y David MARTIN, «Evangelical and Charismatic Christianity in Latin America», en Karla POEWE (ed.), *Charismatic Christianity as a Global Culture*, Columbia, 1994, pp. 74-75.

<sup>108</sup> Véase el brillante libro de Paul GIFFORD, *Christianity and Politics in Doe's Liberia*, Cambridge, 1993; también Peter WALSHE, *Prophetic Christianity and the Liberation Movement in South Africa*, Pietermaritzburg, 1995; en especial, pp. 110-111.

<sup>109</sup> Jeffrey GAMARRA, «Conflict, Post-Conflict and Religion: Andean Responses to New Religious Movements», *Journal of Southern African Studies*, vol. 26, núm. 2 (junio de 2000), p. 272. Andrés TAPIA cita al teólogo peruano Samuel Escobar, que considera a Sendero Luminoso y a los pentecostales como «reversos de la misma moneda [...], ambos estaban buscando una ruptura fuerte con las injusticias, sólo los medios eran diferentes [...]. Con el declive de Sendero Luminoso, el pentecostalismo se ha presentado como el ganador de las almas de los peruanos pobres», en «In the Ashes of the Shining Path», *Pacific News Service* (14 de febrero de 1996).

<sup>110</sup> Paul Freston, «Pentecostalism in Latin America: Characteristics and Controversies», cit., p. 352.

A diferencia del islam populista, que enfatiza la continuidad civilizatoria y la solidaridad transclasista de la fe, el pentecostalismo, de acuerdo con la tradición de sus orígenes afroamericanos, conserva una identidad fundamentalmente exílica. Aunque, al igual que el islam en las áreas urbanas hiperdegradadas, se correlaciona con eficacia con las necesidades de supervivencia de la clase trabajadora informal (organizando redes de autoayuda para mujeres pobres, ofreciendo curaciones por fe como paramedicina, proporcionando rehabilitaciones del alcoholismo y de otras adicciones, aislando a los niños de las tentaciones de la calle, etc.), su premisa fundamental es que el mundo urbano es corrupto, injusto e irreformable. Queda por ver si, tal y como ha defendido Jean Comaroff en su libro sobre las Iglesias sionistas africanas (muchas de las cuales son ahora pentecostales), esta religión de «los marginados de los barrios chabolistas de la modernidad neocolonial» es en realidad una forma de resistencia «más radical» que la «participación en la política formal o en los sindicatos laboristas»<sup>111</sup>. Pero, con la izquierda todavía en gran medida ausente de las áreas urbanas hiperdegradadas, la escatología del pentecostalismo rechaza de manera admirable el destino inhumano de la ciudad del Tercer Mundo contra el que previene *The Challenge of the Slums*. Además, santifica a aquellos que, en todos los sentidos estructurales y existenciales, viven de verdad en el exilio.

<sup>111</sup> Jean Comaroff, *Body of Power, Spirit of Resistance*, cit., pp. 259-263.